“Hombres en Soledad” de Manuel Gálvez ⁽¹⁾

EN ésta su última novela, Manuel Gálvez dramatiza un viejo tema tratado ya por un gran número de escritores argentinos, aunque ninguno —con la posible excepción de Eduardo Mallea— le haya concedido tanta beligerancia o le haya atribuído una tan profunda significación como la que el gran novelista parece otorgarle. Sospecho que en la magnificación de este problema en el libro de Gálvez entran por mucho razones subjetivas y de índole personal, independientes de las causas objetivas y reales ya señaladas por sus colegas coetáneos y del pasado.

No quisiera equivocarme, pero dudo que la desolación y el aislamiento espiritual del hombre de letras en Buenos Aires hoy día sean realmente tan trágicos como los personajes de esta novela quieren hacernos creer. El hecho es cierto, pero en estas páginas se me antoja que está retratado con un lente amplificador. Que me perdone el autor si a mi vez incurro en el error contrario. No es mi intención restarle importancia al asunto, pero creo que podría aplicarse a la manera como Gálvez trata el tema, la sencilla fórmula con que Enrique José Varona definió *El Capital*, de Carlos Marx: “es la exageración de un hecho cierto”.

Buenos Aires fué en su origen una aldea porteña, la única ventana argentina que daba a Europa. Por siglos fué una factoría comercial y aduana casi única de la nación. Sus habitantes eran gente adocenada y práctica, comerciantes sin

imaginación que servían de intermediarios entre la riqueza nativa que quedaba a sus espaldas y los traficantes europeos que la trasegaban al consumidor de allende el Atlántico. Después de la independencia se acentuó este divorcio entre el puerto único y la inmensa pampa que lo abastecía. El carácter práctico y comercial del porteño era la antítesis de la idiosincrasia gauchesca, y sus respectivas economías eran igualmente divergentes. Uno era emprendedor y progresista, miraba a Europa y aspiraba a trasplantarla a las márgenes del Plata; el otro, con su economía pastoril, primero, y agropecuaria más tarde, era sedentario, tradicionalista, apático, rutinario y reacio a las innovaciones y al progreso. En tanto Buenos Aires se transformaba, se enriquecía y se multiplicaba en población, la pampa ilímite permanecía estacionaria, pobre y escasamente poblada. Aunque la pampa era el granero y la fuente principal de la riqueza nacional, la capital era el beneficiario principal, no sólo por su condición de puerto y aduana únicos, sino también por el carácter de sus habitantes que poco a poco iban acaparando la riqueza nacional. El inmigrante europeo, a la vez que acrecía la población de la urbe capitalina, la transformaba y la enriquecía con su industria, su técnica y su esfuerzo. Pero el porteño siguió divorciado de la pampa, de sus habitantes y de su cultura. Su actitud peyorativa frente al gaucho, su complejo de superioridad y su acaparación de la riqueza nacional, dieron lugar a un ciclo de guerras civiles cruentísimas. El conflicto no está solucionado del todo aún hoy. Buenos Aires, con sus dos millones y medio de habitantes, su desmedida absorción de la riqueza económica y de casi todos los recursos intelectuales y políticos del país, constituye un grave problema para una nación que apenas cuenta quince millones de habitantes. Es una cabeza demasiado monstruosa para un cuerpo tan enclenque y pesa demasiado en la economía, en la cultura, en la política y en los destinos del país.

El porteño, como digo, miró siempre a Europa y desdeñó desde *in illo tempore* al gaucho y su cultura que representaban la tradición nacional más auténtica y quizás más valiosa. Con el incremento de la población y la riqueza material, se desarrolló en la urbe porteña un espíritu sórdido y sensual;

se endiosó el dinero; el lujo y los goces materiales adquirieron categoría de ideales; el éxito era el valorímetro para medir el mérito; un rastacuerismo agresivo y ramplón se apoderó de las conciencias. La ola emigratoria europea aportó el ansia milenaria de riqueza fácil, el deseo de goces sensuales que la empujaba a emigrar; pero esta avalancha no trajo consigo el refinamiento espiritual ni la cultura europea porque procedía de las clases más humildes y analfabetas de Italia, España y el centro y norte de Europa. Por cada Paul Groussac que llegaba a Buenos Aires, arribaban quinientos mil ganapanes. Napolitanos y piamonteses, gallegos españoles, judíos alemanes, polacos y rusos, eran parias en sus respectivos países y al enriquecerse en el Plata fomentaron la ramplojería, el lujo sin refinamiento y sin gusto, el fausto y la vulgaridad del tipo *nouveau riche*, del clásico *parvenu*. Así Buenos Aires hoy, con todo su progreso material, con toda su riqueza y esplendor, sigue siendo una gran urbe sin refinamiento, guaranguera, y sin ambiente propicio para el hombre que vive del y para el espíritu. Es una ciudad advenediza, y, como todo advenedizo, sin conciencia clara de los valores culturales y sin espiritualidad. Algo semejante ocurre en los Estados Unidos, en centros como Chicago, Los Angeles, Cincinnati, Detroit, Pittsburgh y la misma Nueva York.

Y es que Buenos Aires carece de perspectiva histórica, de una añeja tradición de cultura como tienen otras ciudades americanas tales como México y Lima, Boston y Philadelphia. En Buenos Aires todo es aluviónico, improvisado, todo es producto de la riqueza rápida y fácil. En las ciudades últimamente citadas, hay una sedimentación cultural de siglos, sobre todo en México y Boston. La grandeza material puede improvisarse; mas el verdadero clima cultural, como los terrenos de gran firmeza, requiere la lenta elaboración secular.

Buenos Aires alcanzó su independencia siendo todavía una aldea rudimentaria y casi tan inculta como la pampa que le guardaba las espaldas. Hasta el virreinato de Vertis, unos dos o tres lustros antes de la liberación, no existía imprenta en aquel poblachón ni un solo colegio público merecedor del nombre. Después de la independencia permaneció en estado poco menos que primitivo hasta la caída de Rosas, no obstan-

te los nobles esfuerzos de Mariano Moreno y Rivadavia y de hombres como los hermanos Varela, López y Planes, Esteban de Luca, Lafinur, Echeverría, etc., que desde otros campos lucharon por desbarbarizarla. A la caída de Rosas, Buenos Aires se transforma rápidamente, sobre todo bajo los gobiernos progresistas de Sarmiento, Avellaneda y Roca. El antiguo poblachón se convierte ahora en la gran aldea que Lucio V. López y José Miró (Julián Martel) pintaron de mano maestra, y otros como Rafael Obligado, Carlos Guido Spano, Miguel Cané, etc., pugnarán "al ñudo" por ennoblecer. Un desahogado espíritu de lucro se apoderará ahora del porteño y la riqueza se conquista o se busca en las especulaciones poco escrupulosas, en el agio bursátil o en la política turbia de los gobiernos finiseculares. El éxito y el lujo son ahora ideales máximos y casi únicos, y la sordidez del ambiente se hará poco menos que irrespirable para el hombre culto y de aptencias superiores. En vano lucharán escritores y poetas, artistas y hombres de ciencia por espiritualizar un poco aquella atmósfera espesa y sofocante. La riqueza nacional se concentra en Buenos Aires y cada quisque provinciano adinerado, cada politicastro manido y enriquecido y cada gringo platudo aspira a poseer un palacete en la capital y a realizar el inevitable y ostentoso viaje a París.

Todo este preámbulo no tiene otra intención que corroborar la parte de verdad objetiva que hay en el tema novelado por Manuel Gálvez en *Hombres en soledad*. Pero aceptado todo esto que ha sido repetido por infinito número de escritores argentinos, es forzoso reconocer que la Buenos Aires actual no es la de hace cuarenta años. En lo que de este siglo llevamos andado, la alta cultura se ha abierto paso allí y en el momento presente es sin disputa el centro de mayor actividad intelectual de nuestra América. No hay ni puede haber allí todavía el ambiente propicio a la labor creadora que un hombre de letras o un artista podría encontrar en París o Londres, por ejemplo. La Argentina fué el último país de América —de los importantes hablo— que se incorporó a la cultura europea y su tradición en este sentido apenas cuenta un siglo de existencia. Durante los veinte años de la dictadura rosista, la alta cultura argentina sufrió un grave que-

branto y los hombres que la representaban tuvieron que exilarse en Montevideo, en Chile, en Bolivia y otros lugares, y no fué sino hasta después de Caseros que pudieron reanudar la actividad cultural dentro de las fronteras nativas. Teniendo, pues, en cuenta el tardío advenimiento de la Argentina a la vida del espíritu y su accidentada historia durante el siglo XIX, necesario es reconocer que el progreso realizado durante las últimas cuatro o cinco décadas es poco menos que asombroso, y no creo que haya motivos justificados para la actitud pesimista y desesperada que revelan casi todos los personajes de esta novela.

Este es, en mi concepto, el aspecto más endeble del libro. Gálvez ha hecho de la incomprensión, la banalidad y la guarangería del ambiente porteño, el tema central de su obra. Pero ya sea porque la mediocridad del medio no es tan grande y el aislamiento en que el creador vive en la Argentina no es tan dramático como sus personajes pretenden hacernos creer, o por alguna otra razón, lo cierto es que la íntima tragedia de estos escritores no logra conmovernos ni convencernos. Más que ausencia de ambiente propicio, lo que en estos literatos y poetas novelados percibe el lector es carencia de vida espiritual en ellos mismos e incapacidad creadora. Un medio propicio podrá fomentar aptitudes más o menos mediocres, pero quien de veras posea dotes de creador, rara vez dejará de realizar su obra por hostil que el ambiente le sea. La historia literaria y artística del mundo está llena de ejemplos que podrían aducirse. Pero sin acudir a otros países, la Argentina misma nos prueba sobradamente lo que dejo dicho. Es más, un medio sórdido y una atmósfera enemiga actúan frecuentemente como reactivos y estimulantes de la sensibilidad y, por reacción y contraste, logran propulsar las facultades creadoras. Así en Inglaterra, cuna del capitalismo, país de mercaderes como ninguno, se produce la más noble y rica poesía lírica con que ninguna cultura cuenta hoy. ¿Y qué decir de los Estados Unidos, tierra de Calibán, como injustamente dogmatizó Rodó? A contrapelo y estimulados por la ramplonería, el materialismo, la mojigatería y pobreza espiritual del medio, se ha producido en este país todo lo que en él más vale. Desde Thomas Pain hasta

John Dewey y Henry L. Mencken, pasando por Poe, Emerson, Hawthorne, Mark Twain, Branch Cabell, Dreiser, Sinclair Lewis, Sherwood Anderson, Eugene O'Neill y la pléyade de magníficos poetas líricos, todos fueron, en mayor o menor grado, escritores rebeldes. Hasta el mismo Walt Whitman —el más representativo de todos y el más identificado con el espíritu de las grandes masas— era un escándalo en la sociedad gazmoña de su época.

Y volviendo a la Argentina: ¿en qué circunstancias se produjo *Facundo*? ¿Necesitó José Hernández del viajecito a París para crear su *Martín Fierro*? Y el *Santos Vega* de Obligado y el *Fausto* de del Campo y la poesía de Lugones, de Banchs, de Fernández Moreno, de Burghi y de Bernárdez, ¿dónde se ha producido? ¿Y el drama de Florencio Sánchez, los cuentos de Horacio Quiroga, la novela de Lynch, del propio Gálvez y de tantos otros? Ninguno de estos creadores, empezando por el autor de *Hombres en soledad*, hubo menester el traslado a París para realizar su obra como parecen necesitar todos estos “inadaptados” que Gálvez nos presenta en su última novela. Sin apenas haber abandonado su rincón provinciano produjo Enrique José Varona su obra de más aliento. En el Montevideo de hace treinta o cuarenta años escribió Rodó sus *Motivos de Proteo* y *Ariel*. En el Santiago casi analfabeto de 1830 a 1860 realizó Bello su ingente obra de alta cultura y lo mismo Montalvo en el Ecuador anquilosado y fanático de García Moreno y de Veintemilla y Miguel Antonio Caro y José Asunción Silva en Bogotá y Ricardo Palma en el Perú y Cecilio Acosta en Venezuela. Casi todos los que en América han hecho obra de mérito y perdurable la han realizado a despecho del medio y en ambientes mucho menos propicios que el de Buenos Aires hoy día. Refiriéndose a otro tema, dice Roberto F. Giusti, en un libro reciente, esta gran verdad que parece un comentario a la novela de Gálvez: “los grandes artistas no temieron al aislamiento y la soledad”.

(Alguien ha querido derivar del suicidio reciente de tres escritores argentinos —Lugones, Quiroga y la Storni— conclusiones análogas a las que Gálvez sustenta en este libro. El triple hecho trágico, a mi parecer, no prueba nada, pues

sabemos que en los tres coincidían motivos meramente personales y subjetivos que explican su voluntaria desaparición).

Casi todos los caracteres de *Hombres en soledad* dejan en el lector la impresión de escritores frustrados, mas no por culpa del medio, sino por su propia banalidad y esterilidad creadora. Cada uno de ellos repite el mismo *ritornello* hasta el cansancio. Todos hacen la apología de Europa y esperan el ansiado viaje a París para realizar su obra genial. Naturalmente, la mediocridad, más que en el ambiente, está en sus propias almas. Más que el viaje a París necesitan aptitud creadora. Si la poseyeran ya no necesitarían de tal estimulante. Tal es la superficialidad de estos personajes y tanto nos repiten su deslumbramiento frente a Europa, que a veces el lector llega a sospechar si no habrá intención satírica en el autor al retratarnos esta galería de *soi disant* "inadaptados". Pero no, Gálvez escribe en serio, con lo cual no hace mucho honor a los escritores argentinos actuales. Pero si la novela no convence, en cambio el hecho mismo de haberse enfrentado el autor con el tema acusa ya conciencia artística adulta en aquel medio por más exagerada que nos parezca la pintura.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ.

*Universidad de California,
Los Angeles.*

(1) MANUEL GÁLVEZ, *Hombres en soledad*.—Buenos Aires, Club del Libro, A. L. A. (Amigos del Libro Americano), 1938. 326 pp.